LA TARDE

Año XXV

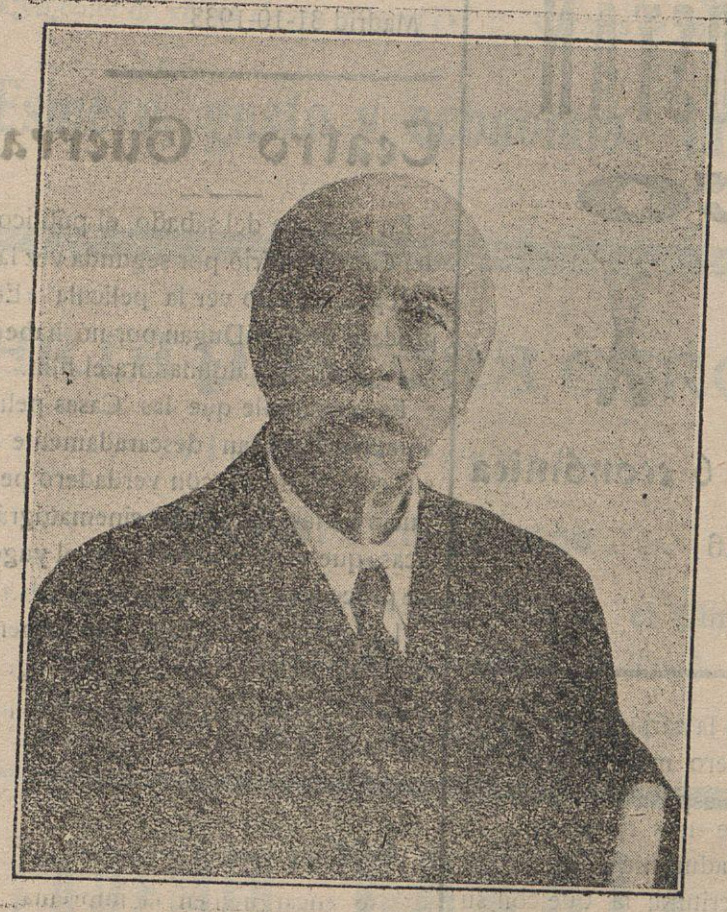
Diario republicano

Número 6.780

DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN .

Lorca, Lunes 6 Noviembre 1933

Don Isidoro Reverte



Fue mi propósito desde el amargo instante en que falleció mi querido amigo, dedicar a su ilustre memoria un número de este diario. Dificultades ajenas a mi voluntad han demorado unos días la realización de este deseo. Hoy tengo la triste satisfacción de verlo cumplido. Es justo hacerlo así, y hay que rendir tributo a la justicia.

Muchos años hace que una fatal enfermedad, condenó a reclusión al ilustre médico, al político batallador; enfermedad que con despiadada lentitud, con inconsciente crueldad, fue destruyendo fibra a fibra aquel robusto organismo, aniquilando aquel temperamento ardiente y brioso, quebrando para siempre las níveas alas de un espíritu fuerte generoso y noble, para el que fue la vida torturador martirio.

Dos generaciones de lorquinos desconocieron a Isidoro Reverte, casi ignoraron sus grandes méritos. Pasa veloz la vida,¿quién se acuerda del combatiente que arrumbó la lucha? Mientras vibró su voz en los comicios en defensa del pueblo; mientras en la tribuna del Liceo su verbo arrebataba cantor del ideal republicano; mientras que junto al lecho del enfermo luchaba sustrayendo a la muerte su presa, el nombre de Isidoro Reverte sonaba sin cesar; admiración y aplauso eran brillante estela de su vida... Luego la enfermedad; el batallar continuo por vencerla... Lucha desesperada de sacrificios... La esperanza, t a n generosa siempre, vertiendo en aquel pecho que el dolor oprimía, su bálsamo... ¡Ilusiones que la pena agostaba para surgir de nuevo alentando la vida! Noches de insomnio, días de tortura, el frío acero de la resignación, atravesando el pecho vigoroso lentamente, derrumbándolo al fin, sobre sí mismo...

Quietud y silencio en la aparente calma de su deshecho corazón. ¡Paciencia! Martirio inacabable un año y otro y otro... ¡Qué grande fué soportando su pena!

Olvido, ingratitud... Ya no sonaba aquel verbo elocuente arrebatando. Y pasaron los años, y vinieron nuevas generaciones. ¿Quién volvía la vista hacia el pasado? En su penumbra aún existía la sombra del grande hombre un día tan admirado.

Tuvo un fin el martirio con la muerte. ¿Qué quedó de una vida que consagrada al bien, tanto bien hizo? ¿Cómo perpetua el pueblo el recuerdo que imborrable debiera ser, de ese lorquino ilustre? ¡Ah, pueblo mío! Tu espíritu raquítico no tiende la mirada al pasado. Injusto siempre cuando no cruel con los que fueron, sigues tu camino, sin ver jamás brillar en tu horizonte la redentora luz de la Justicia.

J. LOPEZ BARNES
(*Juan del Pueblo*)

El poder sugestivo de Reverte

Cuando en Lorca se oía decir: «Vino Isidoro», «Opina Isidoro», «Mandó Isidoro», Isidoro no podía ser más que uno: Don Isidoro Reverte, que fué Isidoro por antonomasia. Y decir en este sentido Isidoro, la significación antonomásica equivalía al médico de los médicos. Porque, aquel hombre en una pieza, de la dureza procer del diamante, facetado en un todo de reflejos deslumbradores, estaba aureolado de santidad taumatúrgica—¡él que repugnaba tanto los ídolos!—; la fe popular, en su ciencia y su experiencia, que para el caso es lo mismo, le elevó a la categoría de mago.

Yo, que tengo buena memoria y años bastantes para estar acaudalado de recuerdos, si hiciera al caso, en éste del que fué mi bonísimo amigo don Isidoro Reverte, podría intentar un anecdotario biográfico.

No por vocación, ni por premeditada profesión, ni como arma terapéutica usado, el poder sugestivo de don Isidoro Reverte jugó en su vida social e íntima un rol de primer orden.

Era un día del florido mayo. Un respetable septuagenario hoy,—aun y por muchos años sea entre nosotros—, gozaba feliz, pleno de juventud, las delicias serranas en un terreno pequeño paraíso. Las dichas de tejas abajo, que no son duraderas, trocaron momentáneamente a aquel roble en un haz crepitante de dolor. Reverte, requerido con urgencia, tras de una larga y molesta caminata en las últimas horas madrugueñas, traspasaba los umbrales del cortijo ya la aurora coquetona derramando rosicleres en el privilegiado oriente; Reverte, como siempre, cual él era, de un gesto complejo de autoridad y buen humor, retumbando su fuerte voz de bajo cantante, hallóse prácticamente inerme ante el paciente. Entre gritos y risotadas, ordenó D. Isidoro a la gente de la colonía, que salieran a herborizar en los trigales una buena capaza de ababoles. Vinieron las rojas amapolas, confeccionó un emplasto, y, al aplicarlo en el torturado abdomen del enfermo, expresó zumbón a éste: «Guillermo, fastidiate como monárquico, pero vas a notar de seguida la virtud que para éste y todos los casos de la vida tienen los gorros frigios.» Tras una terrible noche de agotadores paroxismos, aquella cara de via crucix fué iluminada, por primera vez, por la fe en el médico y por la gracia del dicho. Pero lo notable del caso fué que, como decirse suele, el dolor del cuitado «quedó pegado a la pared.» ¿Sugestión?

La familia Reverte acostumbraba a veranear en Cala-Bárdina. Fue el dia de su llegada a aquel delicioso pedazo de las riberas mediterraneas. No sospechaba don Isidoro que le aguardaba la ansiedad de un joven marido, recientemente padre, recomido por desconcertante inquietud: su cara mitad ardía en fiebre de improviso surgida. Reverte halló a la paciente revolviéndose ansiosa en el absurdo de un lecho abrigado con exceso. El médico soltó un taco que se diluyó en una sonora carcajada, con la diestra mano aseguró el embozo de la sábana para cuidar de la honestidad de la yacente, y con la izquierda hizo volar una buena pieza por la estancia la tortura de una manta infernal.

—Conchita, hija mía, una cosa es tener fiebre y otra muy distinta padecer calor. Ahora, ahí, a reposar un poco; a la tarde, a la puerta a disfrutar de esa marina maravillosa. ¡No tienes nada!

Caía el sol de aquel caluroso día de San Lorenzo; a la puerta de la casita playera, paliducha, pero dulcemente risueña y apirética, aquella madre incipiente, alternativamente miraba, con místico arrobamiento, al fruto gordezuelo de sus amores, y al cielo providente que daba al mundo para alivio y sanidad de males, a médicos como don Isidoro. ¿Sugestión?

He leído y releído al doctor Nóvoa Santos; y siempre con especial interés dos de sus estudios, dechado de cientifica interpretativa: los que titula «*El espíritu como sistema de regulación corporal y evasión de la Naturaleza*» y «*Biopatología de la estigmatización mística*». Ni una vez tan sólo dejé de asociar en mis reflexiones, sugeridas por tales lecturas, las cosas y casos de don Isidoro Reverte, en cuanto a él y en cuanto a sus extraordinarias curaciones. Si: en el de don Isidoro he de comulgar con Nóvoa, pues que «a la realidad física, externa», viene a acoplarse una interna realidad exterior, pero tan sólida y *real* como ésta y que, a más, la desborda en todos sentidos».

Lo más interesante y patético del poder sugestivo de Reverte es la potente actividad ficcionista que desarrolló para crearse un mundo de esperanzas, en bancarrota su salud, cuando era capaz aún del magnífico rendimiento de sus aptitudes. El inventó una enfermedad,—inventó su enfermedad—; huyó de la terrible realidad para elaborar el mito, que, «empujado por una especial fuerza interna», le indujo «a creer en la realidad exterior de sus propias construcciones fantásticas.» Con ello superó al dolor y a la muerte lenta del incurable.

Joaquín Martínez Perier

UNA VIDA EJEMPLAR

Para aquellos que aspiren a llenar su vida de contenido noble y fecundo; para los que deseen ante todo tener la satisfacción interior del deber cumplido, la vida de don Isidoro Reverte Cánovas es un ejemplo magnifico a seguir.

Dotado de clarísima y cultivada inteligencia, y de una voluntad de hierro compatible con un corazón noble e ingenuo cual el de un niño, don Isidoro pudo ser todo lo que hubiese querido, social, política y económicamente; pero *el abuelo*, honra de Lorca, que acaba de dejarnos, no era lo que suele llamarse *un hombre práctico*, y asi renunció al brillante porvenir que el mundo le ofrecía, a cambio de ciertas futesas, tales como rectitud de conducta, firmeza en sus ideales, y rebeldía contra las hipocresías, las injusticias y las iniquidades; por eso, recluído en su hogar desde hacia tiempo, y luchando su naturaleza fuerte, indómita como su espíritu, con el peso de los años y de los achaques y sufrimientos, ha muerto pobre, rodeado eso sí, del fervoroso cariño de los suyos en los que bien patente está su gran labor educadora, y el respeto y consideración de todos; pero acaso, también algo olvidado de muchos, por que claro está, don Isidoro apenas podía ya dar otra cosa que el ejemplo noble y austero de su vida.

Y en verdad que para cierta gente resulta incomprensible esa trayectoria rectilínea, esa leal consecuencia para consigo mismo. De ahí que destaque más, como faro luminoso en nuestra oscuridad, la grandeza moral de este hombre que no quiso nunca vender, como tantos otros desde Esaú, su simbólico derecho de primogenitura por el plato de lentejas.

No faltarán sin embargo algunos, de aquellos que no saben percibir más aromas que los de su propio jardín, sin pensar que en el jardín ajeno hay tambien flores de exquisita fragancia, no faltarán, digo, quienes, aun admirando como no pueden menos el temple moral del maestro, piensen que éste tenía el defecto de ser lo que muchas veces inadecuadas, injustamente, llama el vulgo *un materialista;* y ello es por que los que así enjuician no saben ver la espléndida espiritualidad que hay con frecuencia en esta clase de hombres. En efecto; a poco que meditemos, habre-